

El cristiano mágico





El cristiano mágico



Terry Southern

Traducción del inglés a cargo de
Enrique Gil-Delgado



IMPEDIMENTA



Para Henry y Dig

*«El pequeño siempre vencerá sobre el grande
si le asiste la razón y la hace prevaler.»*

LEMA DE LOS RANGERS DE TEXAS

Si bien este libro tomó forma principalmente a raíz de ciertos acontecimientos y a causa de determinados valores surgidos a lo largo de los años más recientes, esta no pretende ser, de ningún modo, una novela histórica; además, los personajes que contiene no han de ser identificados con cualesquiera personas, ya estén vivas o muertas.

I

Cuando Guy Grand¹ no estaba al frente de alguno de sus grandes negocios en Nueva York, normalmente andaba, como a él le gustaba decir, «*en la brecha*». Se dedicaba a viajar en tren por todo el país: de Nueva York a Miami, de Miami a Seattle... Recorridos de ese estilo, y siempre en trenes lentos, de los que paran con mucha frecuencia.

El alojamiento en dichos trenes era hasta cierto punto limitado, y, aunque él siempre procurase reservarse para sí lo mejor de lo mejor, Guy Grand tenía que conformarse a menudo con pequeños compartimentos apenas equipados con algo más que las comodidades esenciales. A pesar de

1. Grand Guy, literalmente *Gran Tipo*. La palabra Grand en inglés también se utiliza para designar algo *magnífico* o *espléndido* y coloquialmente hace referencia a la cantidad de 1.000 dólares americanos. *A grand*: uno de los grandes. (*Todas las notas son del traductor.*)

ello, aceptaba la situación alegremente; y con ese talante fue como, aquella tarde de verano, exactamente a las 14.05, abordó con paso optimista (considerando lo abultado de su porte, ya que, a sus cincuenta y tres años, estaba bastante rollizo) el primer coche cama del *Portland Plougher*.² Una vez instalado en su compartimento, se embarcó en la placentera rutina de prepararse para el largo y despacioso periplo que lo llevaría hasta Nueva York. Como tenía por costumbre, llamó al mozo de inmediato y le pidió una botella grande de Campari y otra de agua mineral helada. A continuación, se sentó ante su escritorio para despachar la correspondencia comercial.

Era bien sabido por todos que Grand era proclive a recompensar con generosas propinas a todos aquellos que le prestaban cualquier servicio personal, y por eso era común ver siempre a tres o cuatro mozos revoloteando holgazanamente en el pasillo contiguo a su compartimento, atentos a la portezuela, por si a Grand se le antojaba cualquier cosa. En cuanto el tren abandonaba la estación, escrutaban sus idas y venidas allá en el interior, y escuchaban cómo tarareaba por lo bajinis mientras removía los papeles de su mesa. De todos modos, antes de que el tren efectuase su primera parada, los mozos debían tener mucho cuidado en esfumarse, pues Grand había dado órdenes estrictas de que no quería toparse con nadie cuando saliese de su compartimento, cosa que hacía en todas y cada una de las escalas.

2. El «*arador* de Portland» es un nombre de ferrocarril (alusión al surco que deja un arado) inventado por Terry Southern para parodiar las denominaciones de los trenes en los Estados Unidos.

Durante la primera de estas paradas, que no se demoró demasiado, Grand saltó rápidamente al vagón de asientos contiguo y se apostó junto a la ventana. Le gustaba aquella atalaya porque desde allí podía observar la actividad que se desarrollaba en el andén sin que nadie lo importunase. Su complaciente cara roja le daba una cierta apariencia de honesto granjero, y eso le dotaba de cierta ventaja, puesto que así no llamaba demasiado la atención.

Desde la ventanilla del tren, tras la estación y más allá, podía apreciar el perfil de la pequeña población de Nueva Inglaterra en la que se habían detenido (inerte en la tarde estival, como un mausoleo de juguete) mientras que todo lo que parecía estar vivo en la ciudad se apretujaba de sopetón en los pasos subterráneos, para emerger de nuevo precipitadamente, como por la boca de un embudo, hacia el andén de la estación, en la que alguien descargaba pequeños paquetes cuadrados desde uno de los vagones centrales del tren.

Sin embargo, entre la confusión y las prisas del andén, Grand localizó una figura reconocible: era un tipo que vendía perritos calientes de un cajón que transportaba con una cinta alrededor del cuello.

—¡Están *calentitos!* —voceaba repetidamente, caminando arriba y abajo, en paralelo al tren y a escasa distancia de los vagones; tras un minuto o así de observación general, Grand concentró toda su atención en él; y fue entonces, exactamente un minuto antes de que el tren partiera de nuevo, cuando Grand decidió poner en marcha todo el asunto.

—¡*Calentitos!*—vociferaba.

Cuando el tipo llegó a la altura de su ventana, Grand le echó de soslayo una mirada perspicaz, apenas de un segundo. Quizás estaba valorando su carácter. Entonces le preguntó con labios apretados:

—¿*Cuánto?*

—Son veinte centavos —dijo el vendedor un poco acelerado, pues el tren se disponía ya a partir—. ¡Con mostaza y salsa y todo! ¡Calentito!

—¡Hecho! —dijo Grand acompañando su afirmación con un sobrio asentimiento. El tren iniciaba ya la marcha, así que el vendedor comenzó a caminar rápidamente para mantenerse junto a la ventana. Guy Grand se inclinó hacia fuera y le alargó un billete de quinientos dólares—. ¿Tiene cambio? —preguntó lacónico.

El tipo, tratando de aprovechar el tiempo que quedaba, le pasó el perrito caliente a Grand mientras buscaba cambio en el bolsillo, sin reparar aún en el valor del billete, así que para cuando se dio cuenta de lo que el otro trataba de endilgarle, ya casi estaba trotando a plena marcha, haciendo extrañas muecas y sacudiendo la cabeza, mientras intentaba devolver el billete con una mano y recuperar el perrito con la otra. Durante el último instante que estuvieron cerca, con el tipo haciendo un sobrecogedor esfuerzo final para alcanzar su mano estirada, Grand echó mano a un bolsillo interior de su chaqueta del que sacó una de esas caretas de animal hechas de plástico —ese día tocaba una de *cerdo*—, se la colocó con presteza, y empezó a deglutir el perrito caliente a través de la boca de la máscara,

mientras hacía frenéticos intentos de alcanzar el billete, si bien de algún modo se las iba apañando para mantenerlo justo a una pulgada de las yemas de sus dedos. Y continuó así mientras la distancia entre ambos se iba ampliando, desesperadamente, hasta que, por fin, el vendedor se detuvo exhausto en el extremo del andén, todavía sujetando los quinientos dólares y con la mirada fija en el tren que se perdía en la distancia.

Solo cuando se hubo retirado de la ventana, pudo Grand desembarazarse de la máscara de cerdo. Al otro lado del pasillo, medio girada en su asiento, se encontró cara a cara con una mujer de mediana edad que observaba a Grand con una curiosidad tan intensa que el instante mismo en que sus miradas se cruzaron pareció no transcurrir.

Entonces ella tosió y dirigió su mirada hacia otra parte, si bien no pudo resistirse a volver a mirar a Guy Grand cuando este se levantó, todo sonrisas, para abandonar el vagón de pasajeros, mientras dirigía a la mujer un guiño de afecto cómplice.

—Solo me estaba echando unas risas con ese vendedor de salchichas —explicó—. Le aseguro que nadie ha salido damnificado.

Entonces regresó a su compartimento, cerró la puerta y se sentó a sorber su Campari (una bebida del color de las fram-buesas y amarga como la hiel) y a especular sobre las posibles reacciones del hombre de los perritos calientes.

Desde fuera del compartimento, incluso desde el extremo más alejado del pasillo, los mozos holgazanes podían escuchar su extraña risita mientras se removía en el interior.

Para cuando el tren llegó a Nueva York, Guy Grand había perpetrado cuatro o cinco veces más su pequeña «actuación». Un tipo curioso, este Grand.